

El Profesor Tutor vestido con el traje académico de Veterinaria.

Dr. Eugenio Tutor Larrosa. Ante la pérdida de un pionero



Dr. Miguel Ángel Vives Vallés
Profesor Titular de Medicina y Cirugía Animal. Universidad de Extremadura. Asociación Española de Historia de la Veterinaria



Dr. Antonio Leuza Catalán
Profesor Titular de Medicina y Cirugía Animal. Universidad de Zaragoza

Eugenio Tutor Larrosa, notable clínico de pequeños animales, actividad en la que fue pionero, creador de obras de cine científico, esposo y padre, profesor de Biología, reputado taxidermista, aceptable pianista, notable fumador de habanos y reputado catador de espirituosos escoceses, hombre grande y gran hombre, nos dejó en las navidades del año pasado para desconuelo de quienes dejamos pendiente de tomarnos con él la última copa, de reírnos con su último chiste, de aprender con su última reflexión y de llevarle (a escondidas) un último puro.

Don Eugenio Tutor Larrosa nació en Zaragoza un caluroso 2 de agosto de 1927 en el seno de una saga veterinaria, ya que su bisabuelo materno, Francisco Larrosa (1815-1864) fue herrador y albéitar, su abuelo paterno Miguel Tutor y Vázquez (1857-1931) fue veterinario, al igual que su padre José María Tutor y Ruiz (1890-1948), veterinario militar y creador en 1922 de una clínica canina en Zaragoza, cuyo anagrama era la cabeza de Barry, un San Bernardo. Su padre fue también el fundador de la Sociedad Aragonesa de

Protección a los Animales y Plantas en 1919, que D. Eugenio presidió durante varios años y con la que siempre estuvo comprometido. Además, su hermano mayor, José, estudiaba el segundo curso de la carrera cuando estalló la Guerra Civil, siendo fusilado en 1938. Y su primo hermano fue el General de Veterinaria D. Miguel Ruiz Tutor.

Por todo ello, Eugenio Tutor, claro está, acabaría siendo veterinario pasando por las Facultades de Madrid, Zaragoza y Córdoba, finalizando sus estudios en 1953 en esta última Facultad y en los lamentables años de la plétora profesional que, sin embargo, habría de ampliar las perspectivas profesionales de los veterinarios en muchos campos por pura supervivencia. Sin embargo, no era esa su primera opción, ya que su interés principal, tal y como señala en su libro, estaba en la música, faceta en la que aspiraba a ser director de orquesta, quedándose en aceptable intérprete de piano, por imposición paterna.

Algún compañero suyo de carrera en los años cincuenta lo recuerda como un voluminoso estudiante, un estudiantón muy atildado y ya entonces motorizado cuando la mayoría de profesores no lo estaban. Y siendo recordado todavía su vehículo Fiat Topolino, que no era una maravi-



El Dr. Tutor en su faceta de taxidermista afamado (ca.1960).



EUGENIO TUTOR APROVECHÓ EL PRESTIGIO DE LA CLÍNICA FAMILIAR DEL NÚMERO 5 DE LA CALLE CÁDIZ DE ZARAGOZA, LABRADO DURANTE MUCHOS AÑOS EN UN SÓTANO QUE MUCHOS

PROPIETARIOS DE ANIMALES DE COMPAÑÍA CONOCIERON BIEN CON SUS ANIMALES, EN UN TIEMPO DIFERENTE AL ACTUAL, EN EL QUE LAS CLÍNICAS NO ABUNDABAN COMO AHORA.

lla de amplitud interior pero ¡era un automóvil!

Finalizados sus estudios no se limitó a estarse quieto o dedicarse a la lamentación en una situación de gran desempleo, sino que en 1956 fue uno de los fundadores de la Asociación de Veterinarios Postgraduados y Libres participando como presidente de mesa en las ponencias de la I Asamblea Nacional de dicha asociación, que a lo largo del tiempo velaría por ver reconocida la presencia de los veterinarios libres en los órganos colegiales y de representación, y que acabó consiguiendo, ya que por aquellos tiempos los colegios eran feudos de los veterinarios de la Administración, titulares y del Cuerpo Nacional Veterinario fundamentalmente, debiendo el resto de los veterinarios labrarse decididamente su propio escaño.

Además, desde la finalización de sus estudios y hasta los años 70, se dedicó también a la taxidermia, con la finalidad de ir ganándose el sustento, materia en la que igualmente destacó obteniendo un cierto renombre nacional, que le aportaba trabajo de los más variados lugares. Y en la que sobresalía su propia colección, con algunas piezas magníficas que todos deseamos en más de una ocasión.

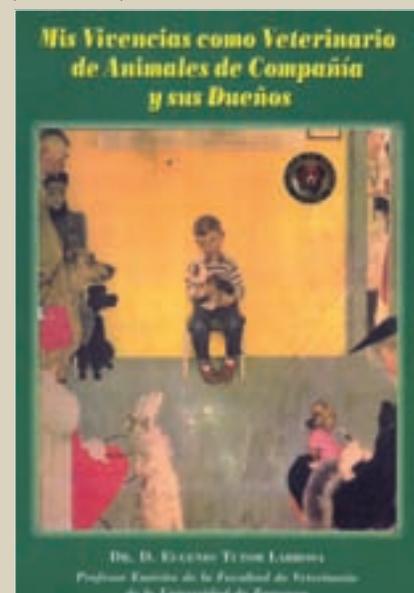
Eugenio Tutor aprovechó el prestigio de la clínica familiar del número 5 de la calle Cádiz de Zaragoza, labrado durante muchos años en un sótano que muchos propietarios de animales de compañía conocieron bien con sus animales, en un tiempo diferente al actual, en el que las clínicas no abundaban como ahora, y las mascotas bien atendidas tampoco. Su actividad en la clínica de perros le llevó a conocer y a convertirse en uno de los pioneros en la materia en este país. (Si bien

el Dr. Tutor también atendía gatos, en aquellos tiempos la población felina no representaba como ahora la alternativa urbana al perro, además de tener un escaso valor frente al mismo lo que hacía que el número de gatos que acudía a la clínica fuese escaso). Y así, con motivo de la I Semana Nacional Veterinaria sobre Inspección de Alimentos que se celebró a finales de septiembre de 1960 en Barcelona, y donde Miguel Luera Carbó -sin duda alguna el clínico de pequeños animales más inquieto y más avanzado del país- organizó unas sesiones operatorias en el parque zoológico de Barcelona, donde el Dr. Luera y su hermano Román trabajaban como veterinarios, y a las que invitaron al profesor Puget, catedrático de Cirugía de la Escuela de Toulouse, y en las que intervinieron también el propio Dr. Luera y el Dr. Julio Cidón con demostraciones prácticas.

Allí se sentaron las bases que reuniones después darían lugar a la creación de AVEPA y posteriormente a la organización de sus primeras sesiones (aunque en puridad deberían haberse denominado symposia puesto que, como originariamente, representaban reuniones de amigos con la finalidad de estar juntos y hacer comidas de trabajo intercambiando todo tipo de conocimientos), celebradas en muchas ocasiones en las clínicas de los propios veterinarios. Así, Eugenio Tutor, los hermanos Luera, Julio Cidón, José María Aurrecochea, Paco Añó, José María de Juan Castrillo, Eduardo Gotarredona, Manolo Rodríguez, Joaquín Capdevila, Luis Pomar, Manolo Arencibia, Julio Domínguez, Miguel Ruiz y algunos otros en los diferentes puntos cardinales, pero no muchos más, nos prepararon el terreno educando a la sociedad en el cuidado de sus animales,



Anuncio de la Clínica Tutor publicado en la prensa en los años 20 del pasado siglo, junto con la oferta de huevos frescos producto de la granja avícola propiedad de su padre.



Portada del libro que recoge sus vivencias, publicado en 1999.

construyendo una rentable (actualmente) actividad profesional, y especialmente formándonos como profesionales en contacto con los pacientes, con los clientes, con las patologías y con la vida del veterinario en definitiva, que pasaba entonces más por la amistad entre colegas que por la competición en casi todo. Maravillosos congresos aquellos cuyo primer objetivo era el reencuentro anual de los amigos y el secundario, en todo caso, la ciencia, y que ya hace mucho tiempo añoramos, a medida que los



Tras un partido de rugby en el campo de la ciudad universitaria de Zaragoza, como padrino (encargado de la Facultad) del equipo (ca.1970)

mentores han ido desapareciendo.

Nunca podremos olvidar la asistencia a uno de nuestros primeros congresos en la clínica de Manolo Rodríguez, en San Vicente del Raspeig, donde siendo algunos todavía aspirantes a veterinarios, nos transportó D. Eugenio por carretera (¡qué lejos estaba entonces Alicante de Zaragoza!) mezclándonos con veterinarios ejercientes y sus problemas cotidianos.

Algunos no olvidaremos nunca enseñanzas como las de don Eugenio, que nos demostró que con un termómetro, un fonendoscopio, un talonario de recetas y un bolígrafo nos podríamos ganar la vida, enseñanza que nos repetía a menudo y que ahora seguimos transmitiendo. A arriesgarnos con diagnósticos y pronósticos precisos y concretos, alejados de nebulosas probabilidades y reservados pronósticos. A aceptar y comprender el liderazgo y la jerarquización, algo que, como bien sabemos, queda lejos de estar de moda ahora mismo, pero seguimos pensando que su comprensión puede rendir buenos beneficios.

Por su clínica pasaron muchos, algunos de los cuales ahora son prestigiosos catedráticos, profesores titulares o reputados clínicos, además de todos aquellos que se beneficiaron de consejos, instrucción puntual o favores diversos, incluyendo en ocasiones el despojo de sus dotados fondos bibliográficos, ocultos tras la confianza y despreocupación características del Dr. Tutor.

Hay que dejar constancia, además, de su libro "Mis vivencias como veterinario de animales de compañía y sus dueños" de 1999, colección de vivencias acaecidas a lo largo de sus más de 35 años de ejercicio como veterinario clínico, más que recomendable para conocer mejor su figura y opiniones, y pasar además un buen rato.

Pero Eugenio Tutor hizo muchas más cosas; desde su antigua afición al cine científico, que le llevó a ser también pionero en su campo, preparando con todo esmero ya desde los años 60, y en aquel formato de 8 mm tan dado a autodestruirse en el proyector, películas de intervenciones quirúrgicas, objeto hoy de estudio histórico en varias comunicaciones en congresos, por su aportación al panorama veterinario. Fue también promotor del certamen de cine científico zaragozano por antonomasia, con el patrocinio de la Caja de Ahorros de la Inmaculada, al

extremo que la Asociación Española de Cine Científico le ha puesto su nombre a su filmoteca como reconocimiento póstumo. Y participó también como jurado en otros importantes certámenes internacionales.

Fue asimismo profesor numerario de la Facultad de Veterinaria de Zaragoza, enseñando Biología a muchas promociones de veterinarios y, gracias a su amenidad como explicador, quedará siempre en el recuerdo de muchos su descripción de la interacción de la corriente del golfo, las anchoas y el nitrato de Chile obtenido de las aves guaneras, y su impacto en la economía de la región y la agricultura en general; casi un adelanto de lo que el concepto de globalización hoy supone.

Como profesor todos recordamos su cercanía a los alumnos y su familiaridad, en contraste con la rigidez y distancia que el contacto con otros profesores imponía. En ese sentido, su apoyo y presencia en las competiciones de rugby universitario en España, y alguna vez en Francia con los eternos rivales de la ENV de Toulouse, con su querido equipo de la Facultad de Zaragoza del que era padrino por delegación de la Facultad, también han quedado para la historia, así como su Seat 1500 blanco (de matrícula Z-90.092), conocido familiarmente como "el milqui", donde siempre había sitio para los alumnos que encontraba por el camino, en su camino a casa o acudiendo a los partidos de rugby.

En ese sentido, resulta revelador el que las sucesivas promociones de veterinarios que lo tuvieron como profesor recuerden perfectamente su figura, su persona y su forma de enseñar. Todo ello pone de manifiesto la personalidad de un hombre como D. Eugenio, cuya pérdida a buen seguro nos hace revisar su trayectoria y su aportación a la formación como veterinarios de muchos de nosotros.

En fin, tan solo queremos dejar anotados para la historia los buenos recuerdos que como amigo nos dejó, las enseñanzas que de él recibimos, y su peculiar idiosincrasia construida con altas dosis de bonhomía que no siempre se vieron recompensadas. Y lo hacemos, además de en nuestro propio nombre, en el de muchos otros, de manera que si es cierto que solo mata el olvido, D. Eugenio vivirá mucho, mucho tiempo entre nosotros. ■